

El cristianismo reducido a una determinada forma de civilización o de cultura.
 La religión reducida a mero formulismo.
 El apostolado reducido a propaganda.
 La justicia reducida al orden constituido.
 La tradición reducida a inmovilismo.
 La fidelidad reducida a pereza.
 La oración reducida a repetición de fórmulas.
 El decálogo reducido al sexto mandamiento.
 La liturgia reducida a las ceremonias.
 La educación reducida a un sistema de imposiciones externas.
 La vida cristiana reducida a un pesado deber.
 La salvación reducida a un asunto privado.
 El crecimiento cristiano reducido a moralismo.
 El concilio reducido a un tema de discusión.
 El diálogo reducido a una palabra de moda.
 El riesgo reducido a diplomacia.
 La conversión reducida a *aggiornamento* superficial.
 La cruz reducida a objeto de adorno.

Y así podíamos seguir hablando de la verdad sin vida

de la autoridad sin servicio humilde
 de la obediencia sin responsabilidad
 de la crítica sin amor
 de la cruz sin alegría
 de la luz sin calor
 de la práctica sin espontaneidad
 de la conducta sin convicciones profundas
 de la libertad sin persona libre
 de la caridad sin justicia
 de la fe sin milagros
 de los cristianos sin... Cristo.



Señor, hemos enturbiado, hemos envilecido tu «proyecto de hombre». Hemos reducido a dimensiones mezquinas el mensaje que nos has confiado.

Y mientras tanto tú sufres la humillación vergüenza de nuestras alegres acciones. Entre tantos despojos arbitrarios haz al menos que yo sepa llevar a cabo los despojos necesarios. Haz que pueda ver con lucidez todo eso que impide mi crecimiento humano y cristiano. Todo eso que me empacha y me disminuye.

Que sepa caer en la cuenta del peligro de algunas cosas que ahogan la vida.

Que sepa renunciar a todas las falsas seguridades.

Que me atreva a despojarme de mi propio yo, para que pueda encontrarme.

Y para que tú, al fin, puedas reconocerme.

A. PRONZATO, *La oración del pecador*.



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Año X 2006 - N° 1

Betharram, 150 años, vínculo de comunión para evangelizar una América que cambia.

Queridos Betharramitas Religiosos y Laicos de América Latina:

La Congregación quiere celebrar con gran alegría y autenticidad cristiana los 150 Años de la Misión de América. A eso nos alienta el último Capítulo General. (*Cap. Gen. 2005, pag. 73*)

Esta celebración tiene que ser un canto de alabanza a la Trinidad por medio de Jesucristo, el Verbo Encarnado, que nos asoció como familia del Sagrado Corazón de Jesús a su misterio de comunión, nos llenó de la alegría de su salvación y nos asoció también a su misión, para que logremos la misma alegría para los demás.

La experiencia del amor de Dios, manifestado en el Corazón de Jesús, ha sido el *secreto resorte* que impulsaba a San Miguel y a los primeros betharramitas a venir como misioneros a América. A los misioneros religiosos y laicos de ayer y de hoy, para *gustar las cosas de Dios, correr y volar tras los pasos de nuestro Señor...* al encuentro de toda persona para llevarle alivio, consuelo y salvación. A los profesores religiosos y laicos, a vivir pacientemente la tarea educativa y evangelizadora de niños y jóvenes, en los límites de las estructuras educativas. A los párrocos, para formar comunidades orantes, fraternas y misioneras. A los que trabajaron en la formación de religiosos y sacerdotes, para que conformaran sus corazones de jóvenes latinoamericanos, con los sentimientos del Hijo para con el Padre. A todos, para entregar su vida gota a gota y día a día por la causa del Reino.

Celebrar es hacer memoria de las maravillas de Dios a través de la *Misión betharramita de América: ¡Magnificat! ¡Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se estremece de gozo en Dios mi salvador porque ha mirado la humillación de su esclava... y ha hecho obras grandes por mí! (Lc. 1, 46-49)*. Celebrar es pedir perdón por las infidelidades, por las cosas no hechas según el Evangelio. Celebrar es agradecer que el Señor nos haya asociado, a religiosos, comunidades y laicos de hoy a la identidad betharramita de aquellos dinámicos misioneros, fascinados por el **Ecce venio** de Jesús y el **Ecce Ancilla** de María. Celebrar es también proyectar para el futuro, con fidelidad creativa, la espiritualidad y la misión Betharramitas, respondiendo a los nuevos desafíos que tiene hoy América Latina.

¡Qué impresionante es ver a San Miguel con todos los sacerdotes de aquel momento haciendo el discernimiento de la Misión de América! ¿Vamos o no vamos a misionar a la Diócesis de Buenos Aires, en América? *A ejercer las funciones del Santo*

ministerio que tienen que ver con el fin de la Sociedad. San Miguel los implica a todos en esa decisión y confía en el Espíritu, que ha inspirado la Congregación y que se manifiesta a través de ella. ¡Qué hombre del Espíritu que era San Miguel Garicoits!. Discípulos de San Miguel tenemos que aprender el arte del discernimiento, personal y comunitario, propio del adulto en la fe, que sabe que no hay recetas para las respuestas, sino que son originales para cada situación. Hay criterios humanos de sentido común, pero también hay criterios evangélicos que a veces no coinciden con el sentido común.

El P. Barbé, el P. Magendie y el H. Joannès, encararon inmediatamente el Proyecto educativo del Colegio San José como un recurso evangelizador, como habían proyectado en Betharram antes de salir. Esta propuesta pedagógica betharramita se extendió como una propuesta de calidad educativa por los colegios betharramitas de Uruguay, Argentina, Paraguay y Brasil, donde todavía se educa evangelizando. Hoy, los religiosos, junto con los laicos, tenemos que discernir como seguir presentes en el mundo de la educación con nuestra tradición educativa y de acuerdo a nuestras posibilidades.

El P. Larrouy y el H. Fabien supieron arriesgar sus vidas, acompañando a los apestados de la fiebre amarilla...Sus nombres están gravados en un monumento de una plaza de Buenos Aires. Como ellos, también nosotros tenemos que ser capaces de vivir el mandamiento del amor, olvidándonos de nosotros mismos y entregándonos en un servicio desinteresado por el bien de los demás, especialmente de los que tienen la vida más amenazada.

La primera comunidad supo irradiar con su testimonio los valores del Evangelio y entusiasmando a jóvenes y adultos a tomarse en serio su vida cristiana. Nuestras comunidades religiosas y los grupos de laicos betharramitas tienen que testimoniar un estilo de vida que sea atractivo para los jóvenes y se despierten abundantes y santas, santas pero también abundantes, vocaciones religiosas, sacerdotales, laicales matrimoniales y misioneras. ¡Tendremos que merecerlas y rezar más por ellas!

San Miguel acompaña y alienta la vida de la Comunidad Betharramita con gran energía y suavidad. Quiere que sean competentes, libres y entregados. Quiere que vivan de verdad el Evangelio, el espíritu de Jesús, el *espíritu religioso* lo llama él: **el Aquí estoy**. Les aconseja para que aprendan a vivir con fidelidad en medio de la prueba de no ser aceptados y parecer inútiles en un lugar donde no son conocidos. Y además, la espiritualidad del **maná escondido**, elementos todos de una espiritualidad betharramita de entonces y de ahora (C.T.I, c.163, pags 299-300).

¡Qué honor pertenecer a una familia de hombres que se tomaban tan en serio su vocación y su misión! ¡Qué compromiso tan grande para nosotros tener que mantener vivo ese espíritu después de ciento cincuenta años! ¡Qué tranquilidad saber que ellos y nosotros seguimos participando del mismo misterio de comunión misionera. Que este acontecimiento nos llene a todos de alegría y de ardor misionero. Están con nosotros el Corazón manso y humilde de Jesús, María de Betharram, y nuestros padres San Miguel Garicoits y el siervo de Dios Augusto Etchecopar. (extracto)

Un abrazo a todos.

P. Gaspar FERNANDEZ PEREZ scj
Superior General.

San Miguel nos enseña...



«“Señor Jesús, que te conozca, que me conozca”. Que conozca mi miseria, mi nada. Que conozca la santidad, la grandeza de mi Dios. Él es todo yo doy nada. Si existo, si algo tengo es en Dios y por Dios. La humildad, se dice es la verdad, y la verdad es la santidad, más uno se persuade de su bajeza, más uno revela esos sentimientos en su conducta, más se es santo. (M. 1171)

Para comunicar el Espíritu Santo es necesario estar uno mismo colmado de Él, para llenarse de Él, es preciso buscar y esperar el momento esperado. Las obras de Dios exigen fuego y acción., pero fuego y acción que ordinariamente, el Espíritu Santo comunica en el recogimiento, la oración y la calma. (M. 155)»

M.E. 159

Cuaresma 2006

También yo formaba parte del grupo de soldados que arrancaron los vestidos al hijo del hombre.

Pero hay otros expolios que el hombre de hoy acepta tranquilamente. Está en curso una colosal «campana de difamación de la humanidad y sobre todo de la imagen de Dios en el hombre» (R. ~ L. Bruckberger). Y nadie se rebela. Supinamente, con una sonrisa necia, se acepta todo.

Literatura, cine, filosofía, doctrina política y económica revistas entablan una verdadera competencia para presentar una imagen pavorosamente reducida y deformada del hombre.

El hombre reducido a un manojito de instintos

- a la violencia
- a la pasión al talonario de cheques
- al título a base de recomendaciones
- a la cilindrada del coche.
- La inteligencia reducida a astucia.
- La felicidad reducida a placer.
- El ser reducido a apariencia.
- Las manos reducidas a las uñas.
- El rostro reducido a los dientes.
- La libertad reducida al albedrío.
- El amor reducido al sexo.

Y nadie que proteste contra esta difamación sistemática del hombre. Peor aún: poco a poco nos vamos acostumbrando a esta imagen «empobrecida».

Si pasamos al campo cristiano tampoco faltan los despojos y las reducciones.
La fe reducida a un sistema de verdades.